

En suma; la cabrita del Sr. Seguin pasó ratos deliciosos. Hacia el medio día, corriendo á diestra y siniestra, se encontró con una manada de gamos, que pacían á más y mejor. Nuestra corretona de blanco vestido hizo sensación, y se la cedió el mejor sitio para pastar.

De repente, el aire empezó á refrescar, y el monte se oscureció: era la noche que aparecía. «¡Ya!» dijo la *Blanquita*, y se detuvo muy admirada.

En el llano los campos estaban ya en tinieblas, y el cercado del Sr. Seguin desaparecía entre ellas, no viéndose de la casa más que el tejado que despedía un poco de humo; oyó también los esquilonos de un rebaño que regresaba al redil, y se puso triste. Un gerifalto que volvía á su nido, la tocó con el ala al pasar, y se estremeció; tuvo miedo. Luego, no se oía en el monte sino un fuerte y prolongado aullido:

¡Hoúl... ¡Hoúl...

Pensó en el lobo, de quien en todo el día no hubo de acordarse aquella loquilla. En este momento sonó una corneta allá á lo lejos, en el valle. Era el buen Sr. Seguin, que intentaba un último esfuerzo para atraerla.

¡Hoúl... ¡Hoúl... repetía el lobo.

¡Vuelve! ¡Vuelve! decía la corneta.

*Blanquita* tuvo el pensamiento de volver á la casa de su amo; pero, acordándose de la estaca, de la cuerda y del cercado, se dijo que ya no podía vivir allí, y que era preferible quedarse en el monte.

La corneta no se oía ya.

La cabrita escuchó detrás de ella un ruido de hojas secas; se volvió, y distinguió en la sombra dos orejas cortas y tiesas, y unos ojos muy relucientes. Era el terrible lobo.

Enorme, inmóvil, sentado sobre su parte trasera, estaba allí mirando á la cabrita y relamiéndose de antemano. Como sabía muy bien que se la comería, no

se apresuraba; solamente cuando ella se volvió, se rió él con malicia. «¡Ah, ah! ¡Cabrita del Sr. Seguin!» y se relamió otra vez.

*Blanquita* se consideró perdida; y recordando la historia de la vieja *Renande*, que después de combatir con el lobo toda una noche, fué vencida y comida por la mañana, se dijo que tal vez fuera mejor dejarse comer en seguida; luego, mudando de parecer, se apresta, baja la cabeza, y con los cuernos hacia adelante, como una valiente, se puso en guardia, no con la esperanza de matar al lobo, pues las cabras no pueden matarlos, sino solamente para ver si se defendería tanto tiempo como la otra.

Entonces la fiera avanzó, y los cuernecitos hicieron milagros.

¡Ah, intrépida cabrita! ¡Cómo se defendía!

Más de diez veces obligó al lobo á retroceder para tomar aliento. Durante esas treguas de un minuto, aun hallaba la pobre cabra tiempo para de una dentellada arrancar un trozo de hierba, y continuar de nuevo el combate con la boca llena.

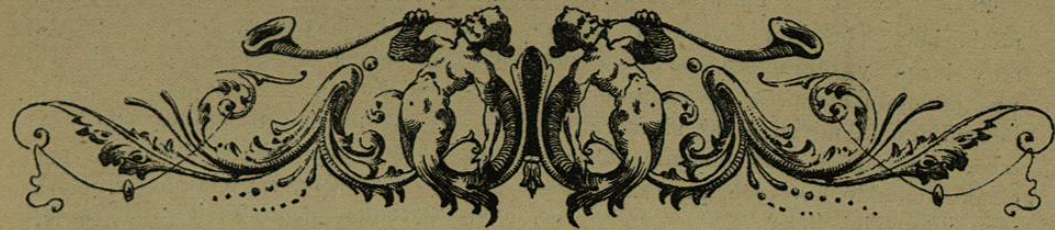
Esto duró toda la noche.

De vez en cuando, la cabra del Sr. Seguin miraba las estrellas y se decía: «¡Oh! ¡Con tal que me sotenja hasta el alba!...»

Una después de otra, las estrellas desaparecieron. *Blanquita* redobló sus esfuerzos, y el lobo sus dentelladas. Una luz pálida apareció en el horizonte, y á lo lejos se dejó oír el canto del gallo. «Por fin» dijo, la pobre cabrita, que parecía que no esperaba más que el día para morir, y cayó al suelo con su blanco pelo teñido en su propia sangre, dirigiendo una última mirada hacia el sitio que ocupaba la casa del Sr. Seguin.

¡Combate inútil, esperanzas frustradas!

El lobo se echó sobre la inocente cabrita y la devoró.



## EN CASA DEL MÉDICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MÉXICO

**B**asó de un coche delante de un hotel de la plaza Vendome, tomó de la mano á su hijo, niño de diez años, y andando de prisa, con el velo echado á la cara, ricamente vestida con traje de colores oscuros, se dirigió al portero. El nombre que dió, muy conocido en el mundo científico, fué pronunciado con un marcado acento de profunda tristeza.

—¿El doctor Bouchereau? En el principal, puerta de frente. Si no tenéis número, es inútil que subáis.

La señora no contestó, y se lanzó á la escalera como si temiera que la detuviesen. En el principal recibió idéntica contestación:

—Si no habéis tomado vez...

—Esperaré, dijo.

El criado no insistió; la hizo atravesar una primera antecámara llena de gente sentada en bancos, después otra no menos ocupada, y después abrió con solemnidad la puerta del gran salón, que volvió á cerrar tan pronto como la madre y el hijo penetraron en él, pareciendo decirles:

—Habéis querido esperar, pues bien; esperad.

Este salón era vasto, alto de techo, como todos los primeros pisos de la plaza Vendome, y estaba suntuosamente decorado con pinturas. Los muebles, de terciopelo granate, desdecían por su forma completamente provincial. La au-

sencia de todo objeto de arte revelaba al médico modesto, trabajador, para el que la fama había llegado imprevista, y que no había hecho gasto de ninguna especie para esperarla ó para recibirla. ¡Y qué fama! La que sólo París sabe dar cuando quiere; fama que se extiende desde lo más bajo hasta lo más alto de la sociedad, que llega á provincias, al extranjero, que llena Europa entera, y esto desde hace diez años, sin disminuir en un ápice y con la aprobación unánime de sus colegas, que confiesan que esta vez el éxito ha coronado los esfuerzos de un verdadero sabio, y no los del charlatanismo.

Lo que proporciona á Bouchereau esa fama y esa afluencia extraordinaria, no es su maravillosa destreza como quirúrgico, ni sus admirables lecciones de Anatomía y su conocimiento del ser humano, sino el golpe de vista, la adivinación que le guía, más clara y más sólida que el acero de sus instrumentos; esa vista genial de los grandes pensadores y de los poetas que parecen mágicos, á fuer de sabios. Se le consulta como á un oráculo, con fe ciega y sin raciocinar, y cuando dice: «No es nada,» los cojos andan derechos y los moribundos se sienten curados. De ahí nace esa popularidad grande y tiránica que no le deja vivir, ni siquiera respirar.

Primer médico de un gran hos-



pital, hace por la mañana su visita, muy larga y minuciosa, seguido de una juventud atenta á sus menores palabras, que le miran cual si fuera un dios, y que le da sus instrumentos de cirugía cuando los pide, pues Bouchereau nunca los lleva.

Al salir del hospital visita á algunos clientes y vuelve pronto á su gabinete, y muchas veces, sin tomarse siquiera ni el tiempo necesario para comer, empieza sus consultas, que se prolongan hasta muy tarde.

Aquel día, aunque eran poco más de las doce, el salón estaba lleno de caras sombrías, inquietas, alineadas en los asientos ó agrupadas cerca del velador; cada cual, encerrado en sí mismo, preocupado de su mal, absorto por la ansiedad de saber el fallo del adivino.

Entre todos aquellos dolores egoístas, la madre y el niño formaban un grupo enternecedor; él, pálido, débil, con el rostro casi sin expresión, en el que sólo un ojo tenía vida; ella, inmóvil y llena de inquietud.

Esa larga espera en la antesala de un médico célebre es una verdadera suspensión de la vida; una especie de hipnotismo interrumpido solamente por algún golpe de tos, por un quejido ahogado ó por el sonido de la campanilla anunciando un nuevo enfermo, que al abrir la puerta y ver la sala llena, vuelve á cerrar apresuradamente, y luego, después de un corto debate con el criado, se resigna por fin á esperar.

Es que en casa de Bouchereau no hay entradas de favor; la igualdad se observa para con todos sin excepción alguna.

Entre los últimos que habían llegado se hallaba un aldeano, rubio, curtido por el sol y el aire, acompañado de un pequeño ser raquítico, que apoya una mano en su brazo y la otra en una muleta.

El padre toma toda clase de precauciones enternecedoras para sentar al niño. «¿Estás bien así? Espera; te pondré debajo este cojín para que estés mejor.» Habla en voz alta, sin ceremonia, é incomoda á todo el mundo buscando un asiento.

El niño, más tímido, queda silencioso, con el cuerpo torcido y la muleta entre las piernas. Por fin, cuando están bien co-

locados, el aldeano se echa á reír con los ojos llenos de lágrimas: «¡Bah, ya estamos! Es un famoso médico; anda, no tengas miedo; te curará bien.» Y luego pasea una mirada sonriente por toda la asamblea, mirada que tropieza con la frialdad de todas aquellas caras. Unicamente la señora vestida de negro, acompañada también de su niño, le mira con bondad, y aun cuando parece algo orgullosa, la cuenta su historia, la dice que se llama Raizou, vendedor de verduras en Valenton, que su mujer está casi siempre enferma, y que desgraciadamente sus hijos participan más de la naturaleza de su madre que de la de él, tan sano y tan robusto; y que los tres mayores murieron de una enfermedad que tenían en los huesos. El último parecía criarse bien; pero desde hacía unos cuantos meses se iba resintiendo de una cadera, y viéndole de aquel modo, puso un colchón en el carro, y le había traído para consultar á Bouchereau.

El aldeano decía esto con muchos circunloquios, y mientras que la señora le escucha enternecida, los dos enfermitos se examinaban con curiosidad, pues la enfermedad establecía cierta melancólica simpatía entre los dos niños, el uno cubierto con una pobre blusita de percal, y el otro con un hermoso abrigo; pero á los que igualaba su desgracia, teniendo que buscar ambos alivio en casa del mismo médico, para quienes éste era ya su última esperanza.

De pronto, un estremecimiento recorre aquella asamblea, y entonces todos los ojos se dirigen hacia una gran puerta, detrás de la que se oye un ruido de pasos y de sillas que se mueven.

Ya está ahí; acaba de llegar.

Los pasos se aproximan, y en el hueco de la puerta, abierta bruscamente, aparece un hombre de mediana estatura, regordete, ancho de espaldas, calvo y de facciones duras. Su mirada se cruza con otras muchas ansiosas; ha recorrido con la vista todo el salón y escudriñado todos aquellos dolores antiguos ó recientes.

Comienza la consulta, y un enfermo pasa por aquella puerta, que vuelve á

cerrarse. «No debe ser muy amable,» dice Raizou á media voz, y para tranquilizarse, mira á todos aquellos que tienen que entrar antes que él.

La madre del niño enfermo, desde que apareció en aquel salón, no había hablado una palabra; ni siquiera levantó su velo. Se desprendía de su silencio, y tal vez de su mental oración, algo tan imponente, que el aldeano, no atreviéndose ya á dirigirle la palabra, se queda mudo también, suspirando de cuando en cuando. Algunos instantes después se le ve sacar de sus bolsillos una botellita, un vaso y un bizcocho envuelto en papel, que desenvuelve con mucho cuidado para que el niño lo moje en un poco de vino. El muchacho, apenas humedece sus labios, rechaza el vaso y el bizcocho diciendo: «No... no... no tengo ganas...» Y mirando aquella pobre carita tan delgada, Raizou se acuerda de sus demás hijos, que tampoco tenían ganas de comer. Pensando en esto, hace esfuerzos sobrehumanos para no llorar, y dice de pronto: «No te muevas, hijo mío; voy á ver si el carro está abajo.» Cuantas veces ha repetido esta visita á la puerta de la calle, ha subido sonriente y contento al parecer; se le figura que nadie se hace cargo de que sus ojos están encarnados á fuerza de restregárselos para contener las lágrimas, y que sus mejillas aún conservan huellas de ellas. Las horas van pasando lentas y tristes.

En el salón, que se pone cada vez más oscuro, las caras aparecen más pálidas y más nerviosas, volviéndose suplicantes hacia el impassible médico siempre que abre la puerta para dar paso á un nuevo enfermo.

El aldeano está muy desconsolado, pensando sin cesar que tendrá que caminar de noche, que su mujer estará inquieta, y que el niño tendrá frío. Su pesar es tan vivo y se expresa en alta voz con una ingenuidad tal, que cuando después de cinco mortales horas de espera la madre ve llegar su turno, se lo cede con gusto al bueno de Raizou. «¡Oh, gracias, señora!» Su agradecimiento no tiene tiempo de ser molesto, pues la bienaventurada puerta acaba de abrirse. Coge apresuradamen-

te á su hijo, le levanta, le entrega la muleta, y está tan turbado y tan conmovido, que no ve lo que la dama desliza en la mano del pobre enfermito, diciéndole: «Para tí, para tí.»

¡Oh! ¡Qué largos se hacen ya los momentos á la madre y al hijo! Por fin, les tocó la vez; entran en un vasto gabinete alumbrado por una ancha y alta ventana que da al exterior, y está aún muy claro, á pesar de ser algo tarde. La mesa de despacho está allí; el médico se sienta de espalda á la luz que da de lleno en la cara de aquella mujer, cuyo velo, levantado ya, deja ver un rostro enérgico y joven, de deslumbradora tez, pero de ojos cansados por dolorosas veladas, y al niño, que baja la cabeza como si la luz le molestase.

—¿Qué tiene? dice Bouchereau atrayéndole hacia sí con acento de bondad y paternal gesto, pues bajo la dureza de su carácter se oculta una exquisita sensibilidad, que cuarenta años de práctica no han agotado todavía.

Antes de responder, la madre hace señas á su hijo de que se aparte algo de ellos, y después, con voz grave y dulce en la que se advierte á primera vista un marcado acento extranjero, cuenta que el año anterior el niño perdió el ojo derecho accidentalmente, y que ahora parece que el izquierdo se resiente, y que para evitar una completa ceguera, le aconsejan la extracción del ojo muerto. ¿Es posible eso? ¿Estará el niño en estado de sufrir semejante operación?

Bouchereau escucha con atención y la vista fija en la desdeñosa boca de la dama, boca de labios encarnados que con serlos jamás tocaron el carmín, y luego, cuando la madre terminó, dijo:

—La operación que os aconsejan, señora, se hace diariamente y sin ningún peligro, como no haya circunstancias excepcionales.

Una vez, tan sólo una vez en el espacio de veinte años, he visto en el hospital Lariboisière un pobre diablo que no la pudo soportar. Es verdad que era un anciano, un traperero alcoholizado, mal alimentado... Aquí el caso no es el mismo. Vuestro hijo no parece muy robusto; pero su madre es bella y sana,



y le habrá puesto en las venas... Además, vamos á verlo.

Llamó al niño, le cogió entre sus piernas, y para distraerle mientras le examinaba, le preguntó sonriendo:

—¿Cómo te llamas?

—Leopoldo, caballero.

—Leopoldo... ¿qué?

El niño mira á su madre sin responder.

—Pues bien, Leopoldo; es preciso que te quites la chaqueta, el chaleco, que te registre, que te ausculte...

El pequeño se desnuda torpemente ayudado por su madre, cuyas manos tiemblan, y por Bouchereau, más hábil que ellos dos. ¡Oh! ¡Qué cuerpo tan delgado y raquítico! Los hombros parecían doblarse hacia su estrecho pecho, como las alas de un pájaro antes de volar; la carne tan descolorida, que el escapulario y las medallas que llevaba puestas se destacan en ella cual si fuera yeso. La madre baja la cabeza como avergonzada de su obra, mientras que el médico auscultaba, percute, interrumpiéndose sólo para hacer algunas preguntas.

—El padre es anciano, ¿no es verdad?

—No, señor. Tiene apenas treinta y cinco años.

—¿A menudo enfermo?

—No; casi nunca.

—Está bien. Vístete, querido.

Y se hundió pensativo en su gran sillón, mientras que el niño, después de haberse puesto la chaqueta, volvió á ocupar, sin que se lo indicaran, su sitio en el fondo del gabinete.

Desde hacía un año estaba tan acostumbrado á los misterios y á los cuchicheos, que no se ocupaba ya de ellos ni procuraba comprenderlos; pero la madre sufría angustias mortales y dirigía al médico miradas, como preguntándole:

—¿Qué debo hacer?

—Señora, respondió Bouchereau en voz baja; vuestro hijo está, en efecto, amenazado de perder la vista, y, sin embargo, si fuese hijo mío, no le operaría. Sin conocer á fondo su pobre naturaleza, noto en ella extraños desórdenes, un quebrantamiento de todo su ser, y, sobre todo, una sangre la más viciada, la más pobre...

—¡Sangre de rey! exclamó Federica levantándose bruscamente, pues acababa de acordarse de su primogénito, encerrado en su ataúd cubierto de flores!

¡Qué desgarrador recuerdo!

Dada la condición de reina, el no poder conseguir la sucesión directa en el trono, es cosa desesperante para toda testa coronada; mas cuando se trata de una mujer es cosa terrible. ¡Tener un cetro y un hijo y ver que este ser tan querido, en vez de gozar padece, y en vez de reinar muere, la razón más robusta flaquea, el sentimiento se embota, y si la fe que en Dios se tiene no se halla muy arraigada, de todo se duda y la vida se hace insoportable.

¿Sangre real? repitió Bouchereau, quien, de pie también, conoció por aquellas tres palabras á la reina de Iliria, á quien jamás había visto, puesto que no iba á parte alguna, pero cuyos retratos se ven á cada paso.

—¡Oh, señora! ¡Si hubiera sabido!...

—No os disculpéis, dijo Federica ya más calmada; he venido aquí para saber la verdad, esa verdad que no sabemos ni aun en el destierro. ¡Ah, señor Bouchereau! ¡Qué desgraciadas son las reinas! Todos me instigan para que mande operar á mi hijo, y, sin embargo, saben de más que le va en ello la vida. Pero la razón de Estado... Dentro de un mes, de quince días, tal vez antes, las Dietas de Iliria van á enviarnos á buscar. Quieren tener un rey para enseñarle. Tal cual está ahora, pase; pero ciego... Nadie le querría. Entonces, aun á riesgo de matarle, piden que se le opere... ¡Reinar ó morir!... Iba ya á hacerme cómplice de aquel crimen. ¡Pobrecito Zara! ¡Qué me importa que reine, Dios mío! Pero que viva, que viva.

Dan las cinco.

Anochece.

En la calle de Rivoli, llena de coches que vuelven del Bosque de Boulogne y que van al paso siguiendo la verja de las Tullerías, rueda también un carruaje con las armas de Iliria.

A la vuelta de la calle Castiglione, la reina ve de repente el balcón del hotel de las Pirámides y recuerda las ilusiones de su llegada á París.

¡Cuántas decepciones y cuántos combates después!

Ahora todo acabó. La raza está extinguida.

Siente un frío mortal caer sobre sus hombros, mientras que el landó avanza en la sombra; así es que no ve la mirada temerosa y tierna que le dirige el niño.

—Mamá, si no soy rey, ¿me querrás lo mismo?

No hay herida comparable con la que

estas palabras produjeron en el alma de la desconsolada madre.

—¡Oh, hijo mío querido!

Y aprieta con pasión la manita que se tiende hacia las suyas.

El sacrificio está consumado.

Alentada por ese apretón de manos, Federica no es ya sino madre; nada más que madre.

En casa del médico había dejado para siempre su ilusión y sus ambiciones de reina.







## Los tres cuervos.

Es el anochecer de un día de batalla y la naturaleza se halla alterada por el rudo choque de ambos ejércitos.

El aliento encendido de los cañones flota sobre la campiña en densas nubes rojizas. El aire se agita aún en vaivén, como el mar después de una tempestad y se sienten todavía las terribles conmociones de la jornada. La tierra, cubierta de nieve, está llena de surcos y de hondonadas formadas por las ruedas de las cureñas, por el pataleo desesperado de los caballos y por la pesada caída de los hombres.

¡Labor siniestra de la guerra! ¡Horrible y repugnante escena la que se ofrece después de la victoria! En los surcos la batalla ha sembrado muertos. Muchos de los heridos se levantan pidiendo auxilio, los fosos están cegados por los cadáveres, y algunos pies, rígidos ya, parece que empujan la tierra que tienen delante.

Con la cara descubierta, pálido, bajo un cielo plomizo, un joven soldado yace en el suelo. Sus manos están ennegrecidas por la pólvora, y su capote agujereado por las balas; estaba en lo más recio de la pelea, en pleno fuego, cuando le vieron caer, y sus compañeros le creyeron muerto; mas sin embargo, vive, llama, pero nadie le responde, y no oye otra cosa que quejas y estertores.

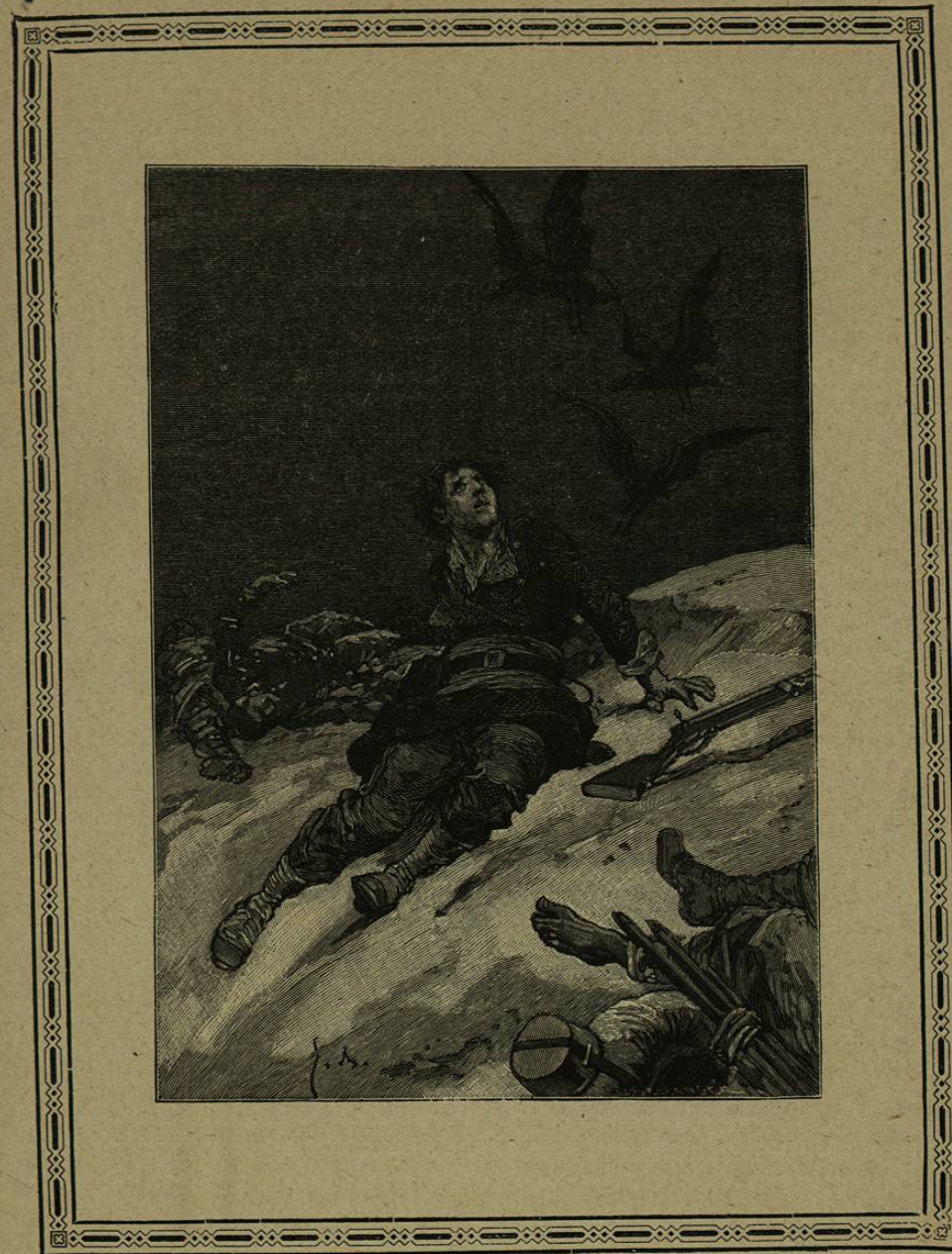
Por fin, entumecido por el frío y abatido por el sufrimiento, cansado, atolondrado por el ruido de los disparos, por el estruendo de los cañones y por todas las evoluciones de aquel sangriento combate, se siente atraído por el reposo tranquilo y se halla dispuesto á entregarse al sueño ó á la muerte.

Pero he aquí que en el inmenso horizonte que recorre su mirada, aparecen hacia el Norte tres puntos negros, que se hacen mayores á medida que se acercan. Son aves, aves sombrías que se apresuran...

Pronto se detienen revoloteando por encima de la cabeza del joven soldado, con esa tranquilidad de las aves carnívoras que acechan su presa. En la atmósfera, vibrando aún con el ruido del combate, se despliegan con movimiento casi imperceptible aquellas alas y aparecen á la imaginación del pobre enfermo como tres banderas, llevando cada una en su centro la efigie de un cuervo con sus imponentes garras en terrible actitud.

—¿Vendrán por mí? se pregunta aterrorizado el herido. Y su maltrecho cuerpo se estremece, viendo que los tres cuervos se aproximan y se posan en una pequeña colina que se halla á pocos pasos de distancia.

Son, en verdad, vistosos pájaros, gordos, lustrosos, bien alimentados. Ni



Apoyado en la tierra su mano derretía la nieve.



una pluma falta á sus alas, y, sin embargo, viven en medio de las batallas, y hasta se puede decir que no alientan sino por ellas; pero asisten desde muy lejos, desde muy alto, fuera del alcance de las balas, y no descienden sino cuando los regimientos se retiran y los heridos y los muertos están en confuso montón.

Los cuervos que el soldado veía parecían de cierta importancia; se saludan con el pico ostentando su gallardía, clavan sus puntiagudas garras en la enrojecida nieve, y cuando han hecho gala de su hermosura, se ponen á graznar quedo, muy quedo, sin perder de vista al herido.

—Amigos míos, dijo uno de aquellos negros pájaros; os he hecho venir aquí por ese joven soldado que se encuentra tendido ahí delante de vosotros. Estaba animado de un valor sin igual, mas sin prudencia ni reflexión. Ved cuántos agujeros tiene su capote y contad las balas que han sido precisas para matarle.

Es una buena presa, compañeros, y si os parece oportuno, nos la repartiremos; pero es menester esperar un poco antes de acercarnos á él, pues aunque sus armas estén rotas, tal cual se encuentra, con la cabeza desnuda y las manos inertes, sería aún muy temible si despertase.

El cuervo que había hablado era el mayor, y los demás, escuchándole, se ponían fuera del alcance de su pico feroz y encorvado. Un poco después, repuso: «¡Hurra! ¡Vamos á repartírnoslo!»

—¿Oyes tú lo que dicen, joven soldado? ¿Es verdad que tu corazón no late ya?

Habla, habla, pues, y grita muy alto para que se enteren de que, á pesar de la sangre que has perdido, aún te queda alguna en las venas.

Pero, á fe mía, parece que está muerto; y cuando poco después de su confe-

rencia los tres pájaros de torva mirada y pico voraz, se acercan á él con las alas caídas, su cuerpo ni siquiera se estremece.

¡Pobre de ti, soldado! van á despedazarte y encarnizarse contigo. Se llevarán hasta los botones de tu uniforme, pues sabido es que dichas aves de rapiña cogen y se llevan hasta en la sangre, todo lo que brilla.

Lentamente los tres cuervos se aproximan, y el más atrevido le pica en un dedo. Esta vez el soldado se despierta y se agita. «No está muerto... no está muerto...» dicen los miedosos animales, que vuelven saltando hacia la colina.

¡Oh! no. El joven militar no ha muerto. Vedle levantar la cabeza, en la que la indignación hace asomar un resto de vida. Su vista se anima, su nariz se hincha; le parece que el aire es menos pesado y que respira mejor.

Un pálido rayo de sol de invierno aparece en aquel instante, alumbrando la tierra ensangrentada, y mientras que le admira, he aquí que debajo de su mano, extendida en el suelo, la nieve se derrite fundida por el calor desprendido por él, y deja ver una matita de trigo verde, cuya vista hiere poderosamente la imaginación de nuestro enfermo, ya influido benéficamente por la acción del astro del día.

¡Oh milagro de la vida! El herido se siente renacer. Apoyado con ambas manos en el suelo patrio que acaba de regar con su sangre, procura levantarse. Desde lejos los tres cuervos le acechan prontos á partir, y cuando le ven de pie, buscando á su alrededor, con ademán tembloroso sus armas abandonadas, toman vuelo hacia el Norte...

Se oye entonces en lo alto un choque terrible de alas y el castañeteo de los picos. Es un ruidoso vuelo de cuervos amedrentados y coléricos. Se diría que son bandidos que han errado el golpe y que disputan huyendo.